



*Novela histórica basada en el sitio de San Sebastián, por E. Munárriz Urtasun.*

*Obra premiada por la Junta del Centenario.*

*Madrid—Establecimiento tipográfico de Juan Pérez Torres —1913.*

**E**L comandante Munárriz, autor de esta recomendable obra, ha demostrado su dominio en el difícil género de la novela, aprovechándose del tema propuesto por el Jurado, para hacer gala de los grandes conocimientos en el arte de la guerra, a que por razón de su carrera está dedicado.

Esta circunstancia, así como los envidiables conocimientos de la topografía del país vasconavarro, pónense de manifiesto en las primeras páginas al describir el Consejo de generales, en que el emperador Napoleón insinúa sus ambiciosos planes de invasión en tierra española.

No hay, por lo demás, en el libro, ningún drama pasional que, enlazándose y enroscándose y combinándose con el suceso histórico, distraiga la atención del lector apartándole de los acontecimientos militares, objeto preferente y único al que están fuertemente adheridos los varones que figuran en la novela. Las mujeres aparecen en segundo plano. No hay heroínas. No hay más amor..... que el amor patrio.

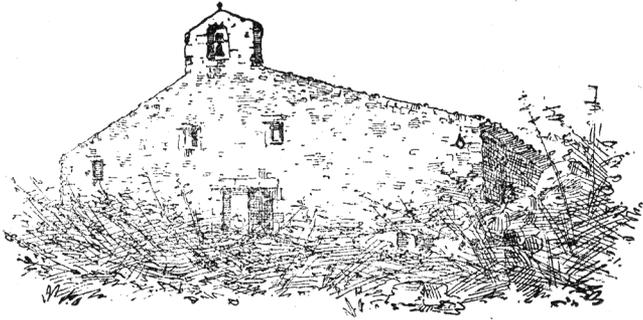
Pero en varones hay retratos de cuerpo entero. En la visita a la cacería «Capitanenea», que aprovecha para fotografiarla con sus más minuciosos y ajustadísimos detalles, conocemos a Chomin, simpático guerrillero, sin más aspiraciones que las de servir a su patria, quien con sus heroicas acciones nos demuestra que se puede merecer una estatua desde el grado de asistente. Es, sin darse él cuenta exacta, el

personaje principal y obligado de todas las peripecias que se relatan en la obra.

Pero para hallar figuras en toda la especial gama de lugar y tiempo, hay que trasladarse a la *zizarrística* sociedad que *bautiza* (¿podrá pasar el vocablo tratándose de una casa de bebidas?) con el succulento título de *Tripasayenak*.

Es el lugar de reunión de *errikošemes* de cierta categoría, «gente de dinero algunos y de excelente humor todos; propietarios, comerciantes, empleados del «Consulado»; curiales y oficinistas de las muchas que existían, derivadas algunas de la famosa Real Compañía de Caracas».

Allí están Machain, Garchitorena, Alquiza, Lepuzain, el lobo de



ASTIGARRAGA.—Ermita de «Santiago-mendi»

mar con el arete de oro en la oreja, y el ayudante de plaza con pata de palo, que despotropican contra los franceses mientras embaúlan sendos platos de sardina, según frase feliz del autor.

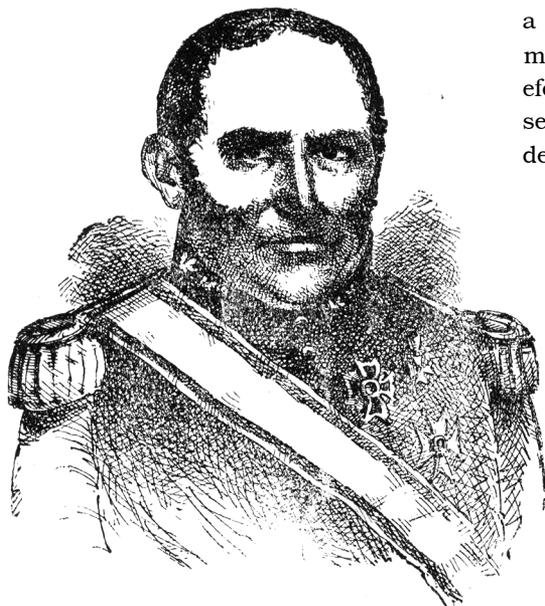
El horror a la invasión francesa no es, sin embargo, patrimonio exclusivo de los *zizarristas* de *Tripasayenak*, sino que se extiende por toda la Ciudad y da lugar a una original escena en el Convento de San Telmo, mientras los frailes ocultan cuidadosamente los cuadros de inapreciable valor artístico, y los libros e incunables que atesora la Comunidad.

Se celebra reunión de autoridades, se adoptan determinadas disposiciones, y por fin llega el desfile de las tropas imperiales y su entrada pacífica en San Sebastián, que el autor describe con gran verdad, colorido y brillantez.

Las escenas militares adquieren, en efecto, un relieve extraordinario, trazadas por la experta pluma del comandante Munárriz.

Ahora aparece en escena un nuevo personaje. Es Pachi Martiarena, teniente de las tropas guipuzcoanas en la anterior campaña contra los franceses. Es, quizá, la figura mejor dibujada y la de más relieve en la obra. Él y su asistente Chomin, comparten todo el interés de la trama.

Pachi contempló con mal comprimida ira, la traidora entrada de los franceses en San Sebastián, y al enterarse de los sucesos del 2 de



Gaspar de Jáuregui («Artzaya»)

Mayo en Madrid, se decide a preparar un levantamiento, convocando, al efecto, a una reunión que se celebró junto a la ermita de «Santiago-mendi».

Allí quedó constituida la primera partida de guerrilleros guipuzcoanos, la que pronto tuvo que haberse las con una patrulla francesa. Su encuentro y lucha son de un interés dramático de alta tensión.

Resultado de este encuentro, Chomin herido cae prisionero de los franceses y es trasladado al Castillo

de la Mota, de donde, gracias a su ingenio y al conocimiento del terreno, logra evadirse, salvándole definitivamente en su lancha un viejo marinero donostiarra.

Este le relata la trágica escena de los frailes arrojados del Castillo. Se aparta algo de la verdad histórica y no es tampoco exacto el lugar señalado, pero por lo demás la narración está bien sentida y expresada.

En salvo Chomin, se une a Pachi y ambos con sus partidarios se dirigen al famoso guerrillero, después general Gaspar de Jáuregui

(«Artzaya»), a cuyas fuerzas se incorporan. Pachi es ascendido a capitán. Chomin se niega a ser otra cosa que asistente de Pachi.

Refiérese a continuación un audaz golpe de mano realizado contra la guarnición francesa de Fuenterrabía. La descripción del largo recorrido realizado por la montaña, es de una minuciosidad y exactitud perfectas y la sorpresa del castillo está presentada con trazos vigorosos y osados.

Ya estamos en el comienzo del sitio de San Sebastián. Los batallones guipuzcoanos, mandados por Ugartemendia, avanzan por Oriamendi y comienzan los preliminares del asedio. Les sustituyen a poco las tropas anglo portuguesas mandadas por Graham, alejándose aquéllos a la frontera.

La estrategia de los movimientos militares, la colocación de las baterías, los combates parciales, acreditan nuevamente la reconocida competencia del autor. Contribuye a dar mayor interés novelesco a estos sucesos, la presencia en la plaza de un vascogenovés, agregado a la artillería francesa y nieto de un antiguo vecino de la falda de Ulía. Este, de acuerdo con Chomin, transmite, por ingenioso procedimiento, todas las novedades que ocurren dentro de las murallas.

Pero donde a mayor altura descuella el autor, es al referir los dos asaltos, principalmente el último y decisivo. Los diferentes intentos, la resistencia desesperada de los franceses, la acometividad impetuosa de los asaltantes, la horrible carnicería producida por la fusilería y la metralla de los cañones flanqueantes, las ensordecedoras detonaciones de las baterías del Chofre, aquellas escenas de sangre y exterminio, reviven en la obra con todo su ambiente mortífero y destructor, son pedazos de la Historia presentados con el alto relieve de la más cruenta realidad.

Un suceso inesperado transforma radicalmente la situación de los combatientes. Han estallado los explosivos que los franceses habían enterrado para su defensa, produciéndose un espantoso volcán del que «entre densísimo humo, volaban a gran altura hombres, piedras, cascotes y maderas en revuelta confusión».

Aprovechan los asaltantes este momento de suprema angustia para reanudar el asalto, y tras el heroico pelotón que trepa a la muralla, penetra la oleada humana a través de escombros y materias humeantes, y las brechas tragan sin cesar compañías y batallones que, extendiéndose por la Ciudad, rechazan hacia el Castillo a las huestes del general Rey.

Pachi y Chomin han entrado con las fuerzas victoriosas, enterándose bien pronto de cierto suceso novelesco, intensamente dramático.

De los frailes arrojados del Castillo, salvó uno el marinero que preparó la fuga de Chomin. Dicho fraile, convertido en hábil y competentísimo cirujano, residía en la Ciudad y dedicábase los últimos



Un detalle de la claustra baja de San Telmo.

días a curar los heridos de la brecha, cuando se encontró con el capitán-verdugo que arrojó del Castillo a los religiosos de San Telmo.

A su vista sintióse dominado por la ira, y no pudiendo contener su indignación, prendió fuego a la mecha, estallando el polvorín, entre cuyos escombros, y cubiertos de polvo y sangre, aparecieron en acti-

tud de desesperada lucha, el cadáver del capitán y el cuerpo gravemente herido del religioso cirujano.

Trasladáronle a éste a su casa de la calle de San Jerónimo y allí, desde sus balcones, pudieron enterarse de los crímenes sin cuento que se perpetraban en las calles de Donostia. Éstos se refieren en el capítulo XXI, titulado «¡Consummatum est!», y lo reproduciremos a continuación para que nuestros lectores se formen una idea del estilo general de la obra.

Termina la novela con un breve epílogo en que se refiere la rendición de las fuerzas francesas y se da cuenta del acuerdo de reedificación de la Ciudad, adoptado en las memorables Juntas de Zubieta.

He ahí, en rápida ojeada, un ligero bosquejo de esta obra, de la que, como impresión general, manifestaremos que nos ha agradado en extremo. El interés no decae un momento, comenzada su lectura no se acierta a suspendarla y toda la acción está salpicada de sucesos novelescos que amenizan y hacen sumamente entretenida toda la extensa relación de los acontecimientos históricos.

Creemos, pues, que ha sido un verdadero acierto, y por ello felicitamos efusivamente al comandante Munárriz, alentándole, al propio tiempo, a que no deje enmohecer una pluma que tan brillantes rasgos ha sabido trazar en el campo de la novela histórica.

Cúmplenos también recomendar la adquisición de esta obra, que no debe faltar en ninguna casa donostiarra, a todos los amantes de nuestros recuerdos de historia local, a todos los entusiastas deesees-píritu koskero que nos legó el Donostia de las murallas.

A.

